taré: que tratándose de la gracia santificante, bien inestimable; de la pureza virginal, joya de inmenso valor, y por consiguiente, de la salvación de las almas, del honor de la Iglesia y de la gloria de Jesucristo, no hay precaución superflua. Por lo demás, para desengañar á quien no quiera acabar de entenderlo, os recordaré lo que advertía un escritor de gran experiencia, á saber: que á pesar de todos estos cuidados, podéis todavía ser engañados: que se ha dado el caso frecuente de que, mientras muchos están creyendo en la inocencia de un niño, mientras proclaman y ensalzan por doquiera, mientras se cierran los ojos á todos los indicios, que á tiempo podrían hacer sospechar útilmente su perdición, ese infeliz es ya una sentina de todos los vicios, y tal vez ha contraído los hábitos perversos que llevará consigo hasta la tumba. ¡Haga el buen Jesús, por cuyo amor escribo estas líneas, que resulte yo en esto un profeta eternamente engañado!

CAPITULO X.

PASIONES DE LOS JOVENES Y NECESIDAD DE DOMARLAS.

Otras pasiones de la juventud.—Oficio de la educación, que es domar las pasiones.—Cómo y por qué se descuida este deber.—Manera práctica de combatir las pasiones.—Continúa el mismo asunto.—Daños que resultan de no domarlas.

I

Basta ya de estos puntos, tan esenciales, como son el de debilitar el amor de los placeres y el de promover la santa pureza en los hijos. Lugar sería de señalar todas las demás pasiones que esclavizan más duramente á la juventud y asignar á cada una algún remedio particular; pero, además de ser este un trabajo dilatadísimo, resultaría también bastante difícil definirlas todas y dividirlas en sus varios grados y en las diferencias que revisten, según la variedad de caracteres de cada una. Intentaré, por tanto, presentaros algunas armas que, manejadas por vuestra prudencia, puedan ser-

vir contra toda clase de vicios; y, por principio de cuentas, debéis persuadiros, aun teóricamente, de lo que la experiencia os suministra pruebas quizá demasiado evidentes, á saber: que todos traemos, desde que venimos al mundo, por la culpa original, una naturaleza dañada y corrompida que lleva en sí misma el germen de todos los vicios y el fuego de todas las pasiones: que todos tendemos naturalmente á los bienes de la tierra siendo, por lo mismo, inclinados á la avaricia, á los hurtos y á las rapiñas; que tendemos al contentamiento de la carne y de aquí que nos seduzcan y fascinen los pasatiempos, las músicas, las bellezas creadas, los teatros, en fin, todo objeto sensual. Como nuestra carne se revela contra el espíritu, así este quiere sacudir el yugo divino y no se inclina sino á la exaltación de sí mismo, y á poner á todos los demás bajo sus pies. Estas tres grandes concupiscencias imperan tanto en el mundo, porque por la naturaleza las llevamos en el corazón y que ninguno se engañe á sí mismo, creyéndose libre de ellas; que el cariño que tenéis á vuestros hijos no os ciegue hasta el punto de creerlos dotados de naturaleza angélica, como lo hacen algunos; porque, ¡creedme! más ó menos, las tienen vivas en el corazón.

II

Ved ahora en lo que consiste el grande oficio de la educación cristiana; en hacer que vuestros hijos, antes que todo, se persuadan de que tienen necesidad de vencerse y de combatir contra sí mismos

y contra sus pasiones; en moverlos, después, á que se decidan valerosamente á emprender semejante lucha y finalmente, que después de que estén prontos para la misma, perseveren en ella con toda constancia hasta que, con la gracia divina, logren domarlas de tal manera, que si todavía se resienten y rugen en el fondo de su corazón, no se arrojen, sin embargo, á excesos y desórdenes. De esta manera, mediante la lucha continuada y las victorias obtenidas contra ellas, se debilitan, se dan por vencidas y no se rebelan ya con tanta violencia ni tan á menudo, llegando á ser, por lo mismo, como una cosa natural y corriente el tenerlas á raya.

Este es todo el fin de la educación, porque en él está basada la vida de los discípulos de Jesucristo. Cuando se habla en los Santos Evangelios de la violencia que debemos hacernos para conquistar el reino de los cielos; cuando se nos dice que crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y concupicencias; cuando se nos aconseja llevar en nuestros cuerpos la mortificación de Jesucristo; en una palabra, cuando se habla de abrazar la cruz y de seguir é imitar á nuestro Salvador, no se entiende con esto otra cosa que combatir, vencer y triunfar de nuestros bajos apetitos, de nuestras pasiones y de nuestros perversos deseos, y así como importa tanto hacer esto, cuanto importa observar la ley cristiana y salvarse, así comprenderéis vosotros de cuánta importancia sea en la educación hacer que los jóvenes tomen en serio, desde su primera edad, el vencimien-

to de sí mismos. Ved, pues, á qué alto punto deben tender vuestros esfuerzos: la formación de la virtud interior.

III

Observad, empero, al mismo tiempo, cómo un fin tan elevado escapa á las miradas de la mayor parte de los padres, quienes, ó ignoran completamente cuál sea su oficio, ó, lo que es peor, cometen el error de suponer un fin diferente del que Dios se propone, si no es que contrario; con lo cual los más de ellos andan casi á ciegas en este negocio: dedican á sus hijos á aquellas artes y estudios á que ven que los demás de su clase los dedican: piensan únicamente en la manera de procurarles las mayores ventajas temporales, no aspirando á otra cosa con sus afanes. Otros creen haber tocado el cielo con la mano, cuando sus hijos salen agraciados en sus modales y en su trato social, de cultivado ingenio, eruditos, amables, y objeto de admiración y de envidia para los demás. "Si tú, lector, has entrado alguna vez, dice con mucho juicio Fontana, en ciertas casas ricas en donde los hijos crecen á la vista de sus padres, los verás á todos con elegantísimos trajes, los cabellos suavemente rizados, y en todo lo demás adornados como angelitos, y con arreglo á la moda más refinada, lo cual te hará comprender cuánto tiempo, cuánto mimo, cuánta ambición y cuánta vanidad pondría en juego la solicitud maternal, que, cual si fuesen unos ídolos, se halla consagrada ciegamente á ellos, que lo conocen demasiado y se entregan, como se ve, á todos sus caprichos. Y no se crea que exageramos, nó; todo cuanto les ocurre es la norma única de su actitud, de sus discursos, de sus acciones y la sola educación efectiva que les mueve y los gobierna. Toda la diligencia de estas madres, todo lo que hace palpitar su corazón, se reduce á impedir que les sobrevenga la menor incomodidad material. Por lo demás, la voluntad libérrima, el capricho sin freno son los que mueven, guían y arrastran á esos pequeños á tumultuosos desarreglos, llegando hasta el extremo de arrojarse al suelo, sean niños ó niñas, sin miramiento alguno á las conveniencias, á la decencia, ni al pudor, en tanto que sus padres, presenciando ese espectáculo lo celebran; padres, que si vieran que se torcían ligeramente uno solo de sus miembros harían mil aspavientos, por sólo la sospecha de que esa torcedura creciendo con los años, deformase también, por poco que fuera, al niño ó le privase de la salud; á esos mismos padres, las muchas torceduras de las almas, no solamente no los espantan ni se cuidan de ellas, sino que las provocan y aumentan y con besos y caricias todo lo echan á perder; de modo que, ya véis cómo el amor propio, el egoísmo, la independencia, el orgullo, la obstinación, la petulancia, la soberbia, la altanería y la satisfacción plena, universal y perpetua de la propia voluntad, envenenan el corazón de esos angelitos, aun en medio de sus inocentes juegos, arrojando en sus almas queridas la semilla de una depravación, que á su tiempo dará su fruto. Estas conclusiones

parecerán una blasfemia á ciertas madres que, en estos asuntos, no abren los ojos del entendimiento sino hasta que una cruel experiencia las despierta del sueño aterrorizadas, cuando ya el mal está hecho, cuando ya no hay esperanza de remedio, cuando no les quedan ya más que lágrimas y arrepentimiento y diríamos casi desesperación." Hasta aquí el autor citado y lo que él dice de las personas más acomodadas, debe decirse, con igual verdad, de las clases inferiores. Una molicie, una languidez, una falta de energía ha invadido todas las esferas de la vida social, siendo la primera, y quizá la más funesta consecuencia de este mal, la dañada y corrompida, ó más bien, nula educación, porque no se sabe ó no se quiere contrariar las pasiones. Advertid, empero, que esta mala planta produce, como su primer fruto, vuestra propia confusión. **Puer qui dimittitur voluntati suae, confundit matrem suam.** (1)

IV

Estos errores, sin embargo, no serán nunca desterrados de las familias cristianas, si una justa estimación de las cosas no las precave á tiempo y en este punto se requiere que los principios sean muy sólidos en el punto de partida. Que es un deber de los padres, ciertamente, proveer á sus hijos del necesario sustento y que, por consiguiente, tienen que enseñarles las letras, las ciencias y las artes, que, en su oportunidad, les suministrarán lo preciso para la vida; que es también convenientísimo que se ingenien ellos mismos en hacerse su estancia sobre la tierra menos incómoda, con algún honesto descanso, y que por esto son utilísimas la música, el dibujo, los idiomas y otros adornos; pero conviene que recuerden, principalmente; que ellos tienen que guiar á sus hijos hacia la vida eterna, que esta es la obra sobre todas las obras necesaria y aun la única necesaria, y á la cual, tiende principalmente la educación, puesto que Dios ha creado al hombre para que se salve, y Jesucristo no vino al mundo sino para eso: á este fin convergen todos los actos de la Iglesia, todos sus ritos, ceremonias, sacrificios y sacramentos, y si el hombre llega á alcanzarlo, no le perjudicará ciertamente la pérdida de todo lo demás, como de ningún provecho le será esto, si no llega á ese fin; por lo cual, ya que tanto trabajo se toman los padres por las cosas temporales de sus hijos, infinitamente mayor debe ser el que se tomen por las eternas.

(1) Proverbios, 29, 15.

Estos y otros principios semejantes, deben tener ante todo presentes los padres cristianos, á fin de estar en aptitud de atender á la obra importantísima de la educación de sus hijos, y sin esto, no tendrán jamás ni la ciencia, ni la fuerza de voluntad que se requiere para salir bien con ella.

En segundo lugar, es preciso que entiendan que es un error gravísimo en Religión atender sólo á los ejercicios exteriores de la piedad y no vigilar sobre el dominio de las pasiones, siendo dema-

siadas por desgracia, aun entre las personas prácticamente piadosas, las que no comprenden una palabra acerca de esto. Ellas son muy cumplidas y empeñosas, si queréis, en la asistencia á las funciones y solemnidades de iglesia, en participar de la Comunión frecuente y aun cuotidiana, y se creerían culpables si no recibieran diariamente bendiciones sobre bendiciones; pero eso de refrenar su lengua, de circuncidar su corazón, de combatir sus pasiones, ni siquiera lo piensan; de lo que resulta: que, á pesar de todos esos alardes de piedad, son impacientes, rabiosas, murmuradoras, intolerantes para con la mejor ofensa y llenas de un amor propio exagerado. Con esto dan ocasión á los impíos para decir: que la gente de Iglesia es la más difícil de tratar, más mala y orgullosa que las demás; y aunque esto sea falso, supuesto que los impíos caen en excesos y desórdenes mil veces peores, es sin embargo, muy lamentable que se les dé pretexto para afrentar así al cristianismo.

Conviene, pues, inculcar sin descanso á los jóvenes: que son absolutamente necesarios los ejercicios de piedad, las confesiones y comuniones, porque sin ellos el alma queda desarmada y sin los auxilios de que ha menester; pero, que ellos no nos eximen de la obligación en que estamos de hacernos violencia, de reprimirnos, de combatir contra nosotros mismos, y que ambas cosas el mismo Jesucristo nos las ordena continuamente: **Qui vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me. El que quiera venir en pos de**

mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.

Los niños, si bien es cierto que tienen pasiones que se levantan, carecen, en cambio, generalmente hablando, de la malicia que se necesitaría para poder ocultarlas por mucho tiempo, y mucho menos á sus padres, quienes, teniéndolos siempre ante sus ojos, los sorprenden en todas las circunstancias de la vida.

Por lo mismo, el que desee educar su corazón, (como tanto se dice ahora y tan poco se ejecuta), deberá trabajar ante todo, en estudiar empeñosamente cuáles son los vicios que más dominados los tienen.

Hay algunos que son quisquillosos y ardientes, que no toleran contradicción alguna, lo que hace temer que, andando el tiempo, podrán llegar hasta los arrebatos, venganzas y maldiciones; otros, por el contrario, son apocados y holgazanes, que no tienen valor para emprender ninguna cosa, ni menos para llevarla á cabo, los cuales, no siendo esforzados y animados con tiempo, serán presa de la ociosidad y de los respetos humanos: estos son sociables, amables y amigos de compañías, que no suspiran más que por las diversiones, deleites y placeres, los cuales, si no son refrenados, podrían con el tiempo ir á buscarlos aun en las más turbias aguas; aquellos son, á su vez, codiciosos, falsos, mentirosos, y con facilidad se dejarán arrastrar hasta los horrores de las sociedades secretas; algunos son duros y rehacios á todo lo que tiene sabor de piedad y de religión; otros, con la misma prontitud con que las abrazan,

las abandonan. Entre las niñas, algunas revelan una ambición prematura, otras un amor exagerado á las diversiones; éstas se inclinan á batallar con todo el mundo; aquellas á no ocuparse en cosa alguna; en una palabra, como hijos de Adán que son vuestros hijos, tienen que participar de su corrupción y de consiguiente, que inclinarse ya á un vicio, ya á otro, si no es que varios al mismo tiempo.

¡Ahora bien; como lo esencial de la educación consiste en vencer y domar esas inclinaciones perversas, deben los padres empeñarse en esto, suavemente, es verdad, pero eficazmente también. De aquí que conviene que se vayan con tiento y con discreción para mandar algo; pero cuando hayan ordenado alguna cosa, no cedan, ni ante las súplicas ni ante las mismas lágrimas. Que no prohiban sino lo que deban prohibir; pero una vez prohibido, que ni los gritos ni los llantos, ni nada sea capaz de revocar la prohibición, pues si el niño logra triunfar en alguna ocasión por ese medio, habrá ya descubierto el modo de salirse siempre con la suya, y ¡ojalá no lo viéramos comprobado esto con tanta frecuencia!

Si la voluntad propia es tenaz, hay que romperla mil y mil veces hasta que se doblegue á la de sus mayores; si la ambición se enseñorea de él, quítesele lo que le sirve de pasto, ya privándolo de un traje de gala, ya de cualquiera otra cosa, a fin de que comprenda que es un mal fomentarla. Esta es la manera de refrenar la avidez de placeres, la gula, la envidia, la soberbia, y en general, todos

los movimientos desordenados del espíritu. Es indispensable que en esa edad aprendan, por el juicio que vosotros formáis de los vicios, á conocer su deformidad; por la severidad con que los combatís, la absoluta necesidad de hacerles guerra, y sobre todo, que desde el momento en que el niño advierta que habéis descubierto su falta, no os encuentre jamás complaciente con ella, sino siempre opuesto.

VI

Si en la primera edad, debe ser de la incumbencia de los padres, más que de los hijos, combatir en éstos sus nacientes pasiones; cuando los hijos, por la mayor luz que van adquiriendo, comienzan á ser capaces de ello, deben los primeros asociárseles para tamaña empresa, haciendo que ellos también concurran á la misma y para esto es preciso, en términos sumamente cariñosos, llamarles la atención acerca de sus vicios, de sus tendencias y malas inclinaciones, y hacer que los reconozcan como un enemigo á quien hay que derrotar: que vean la necesidad que tienen de no perdonarlo, por su bien temporal y eterno. Hacedles ver los peligros á que los expondrán con el tiempo, si no logran vencerlas, y los perjuicios ciertísimos que por esa causa resentirán: Sujeridles los medios que en esa lucha les serán útiles, ya sean naturales, tomados de la razón, ya sobrenaturales, de la fe y de la gracia. Atraedlos y aficionadlos á esto, mostrando que confiais en ellos, cerrando alguna que otra vez los ojos acerca de ciertas faltas, á fin de que las muchas ad-

vertencias no acobarden su ánimo: levantádselo á veces también con el cosquilleo del aplauso y la alabanza; pero sobre todo, hacedles comprender bien, que todas las enseñanzas de Cristo, todas las máximas del Evangelio, todos los usos de la recta razón, toda la vida cristiana, se resumen finalmente en la abnegación de sí mismo, en la contradicción de la propia voluntad, en el vencimiento incesante.

He sabido de un joven, largo tiempo aleccionado por un digno sacerdote en esta ciencia nobilísima del vencimiento, el que, después de haber saboreado los dulces frutos que produce el dominarse á sí mismo, prorrumpió un día en estas memorables palabras: "Ahora comienzo á comprender en qué consiste verdaderamente llevar una vida cristiana, cuando antes tenía yo de cristiano poco más que el nombre y las condiciones meramente extrínsecas:" sentimiento en realidad dignísimo, que revela una verdad casi del todo desconocida, á saber: que la vida cristiana no consiste sólo en recitar unas cuantas oraciones, ni en asistir á algunos devotos ejercicios, y ni siquiera en frecuentar el templo y los Sacramentos, sino en ordenarla toda ella con éstos y otros medios, y sobre todo con la abnegación propia, entendiendo por la vida toda, los pensamientos, las palabras, las obras, según la ley divina, conforme á los preceptos de Jesucristo, y en inmolar en honor suyo, como víctimas, todas nuestras pasiones.

¡He aquí, padres y madres, el alto fin á que debéis tender con vuestros esfuerzos, y que si llegáis á alcanzar, habréis subido hasta la cima de la educación cristiana, mientras que si descuidáis este punto importantísimo, aun cuando llegareis á enseñar á vuestros hijos todas las letras, artes y ciencias que existen sobre la tierra, habréis hecho fiasco absoluto en la tarea de la educación!

VII

Si por demasiada pereza de vuestra parte ó por mal entendida compasión para con ellos, llegásteis alguna vez á dispensarlos de tan necesarias batallas, fatales serán los resultados que de ello provendrán. Por de pronto, comenzaréis por oirlos desobedientes, indisciplinados, indevotos; con el tiempo los observaréis ya disolutos, libertinos é irreligiosos. Y no puede ser de otra manera; la voluntad humana se halla desordenada por la primera culpa y siempre se busca á sí misma, siempre tiende á su propias satisfacciones, donde quiera que las encuentre, y si éstas le son en su totalidad y siempre otorgadas, contra el hábito de darse gusto en todo y de consiguiente, después las querrá con más ardor, se apegará á ellas con más fuerza y más difícilmente se privará de las mismas. La costumbre de gozar con un objeto, predispone el corazón de tal manera, que aspira en todos los demás al mismo goce y quien no tolera que se le contradiga en las modas y en las galas, no sufrirá tampoco ninguna contradicción en los manjares, y quien busca su satisfacción en la mesa, la quiere en el juego. De esta manera se arraigan más, se vigorizan y se insolentan todas las pasiones: viene después la mayor edad; mas

¿de qué sirve?, la edad, en vez de desarraigarlas con el mayor caudal de reflexión que trae consigo, lo que hace es añadirles más vigor. "A cuántos padres y madres, dice Fontana, hemos oído preguntar: de dónde pudo venir la prevaricación de sus hijos, á quienes ellos mismos educaron con tanto esmero, á fin de que no los perdiese ningún mal ejemplo? Y no ven que sus hijos son ahora, en toda su disipación, los mismos que poco ha parecían unos ángeles; ellos no han cambiado en lo más mínimo, solo que antes todos sus gustos y satisfacciones los tenían en el seno de la familia, mientras que después, salidos ya de ésta, se toman aquellos de enmedio de la sociedad humana, á la que su edad los ha conducido: antes desahogaban pasioncillas de niños, ahora son esas mismas pasiones, vigorizadas en la adolescencia: primero siguieron ciegamente sus inocentes deseos, y después siguen igualmente esos deseos, bien que ya no sean inocentes, como los anteriores á al principio, ya con las sonrisas, ya con el llanto ó con las caricias ó con el despecho, querían que todo cediese á su parecer ó á sus nacientes deseos, y hoy también se obstinan en sus soberbias pretensiones, las cuales, por necesidad, se han hecho con los años más resueltas y descaradas y persisten en sus caprichos que, de pueriles juegos en que antes consistían, han pasado á cosas mucho más graves: ellos, en suma ,fomentaron todo género de concupiscencias propias de la infancia y de la niñez y hoy se encuentran con todas las que arden en el corazón de la juventud. Eran, pues, entonces unos niños orgullosos, disipados y egoístas, y ved cómo no han cambiado para nada, sino que exactamente son tales como los ha querido la educación de sus padres. ¿Por qué, pues, se lamentan y acusan á los tiempos, á las máximas y á los ejemplos? Así como esos pequeñuelos crecieron en su persona y de niños se han convertido en jóvenes, sin dejar por eso de ser los mismos, así también las pasioncillas que los padres, con sus eternas complacencias despetaron é hicieron germinar en sus hijos, son las mismas que hacen hoy llorar y deseperarse á esos padres. O ¿creeis que el Espíritu Santo se engaña cuando dice (1) Mima á tu hijo y te causará congojas; juega con él y te hará llorar.

(1) Eccle 30, 9.